

Cine y realidad

Israel Paredes Badía

1. *Lars y una chica de verdad*

Lars (Ryan Gosling) mira por una ventana hacia la casa donde vive su hermano Gus (Paul Schneider) y su esposa Karin (Emily Mortimer). Ella se acerca corriendo sobre la nieve hacia la puerta de Lars, quien momentos antes se ha intentado esconder tras las cortinas para no ser visto. La mirada y movimientos de Gosling ya dan una idea bastante precisa de quien es Lars, de cuál es su posición ante la vida y quienes le rodean. También de cuáles son las intenciones de una película como *Lars y una chica de verdad* (*Lars and the Real Girl*, 2007), segunda película de Craig Gillespie, director capaz de hacer en un mismo año una película como *Mr Woodcock* (ídem, 2007), sin demasiado interés, y otra como *Lars y una chica de verdad*, opuesta en casi todo. Con ayuda de un guión bastante preciso por parte de Nancy Oliver, Gillespie construye una película sobre un hombre, una muñeca de plástico y una pequeña comunidad. Una propuesta así, sobre papel, corría muchos riesgos. Podría caer en una comedia de chiste fácil, o bien, en un drama desafortunado, sin embargo, ha preferido internarse por un camino intermedio donde las situaciones, a priori, rozan lo surrealista pero creando una normalidad ante las mismas que resultan, según se va viendo la película, chocante, porque logran una obra muy cuidada y, sobre todo, una visión ante la realidad muy peculiar.

Lars y la soledad

Lars es un joven introvertido, tímido, solitario. Rehúye el contacto humano aunque lleve una vida en apariencia normal. La gente parece aceptarle tal y como es a pesar de comprender que su aislamiento no es del todo sano. Un día decide comprar por internet una muñeca diseñada para propósitos sexuales, aunque no sea el objetivo que Lars busca en ella. De hecho, al poco de "presentarla" a Gus y Karin, Lars les pide que Bianca, así se llama la muñeca, duerma en una habitación sola, porque ambos son creyentes y no están casados. Algo así, tan inocente a ojos de muchos, humaniza enormemente no sólo a Lars, sino también a Bianca. Y he ahí uno de los grandes logros de *Lars y una chica de verdad*, tanto lograr que una muñeca sea aceptada en una comunidad en apariencia pequeña y cerrada dentro de la ficción como el conseguir que el espectador pueda acabar asumiendo que Lars encuentre en

ella aquello que en apariencia quienes le rodean no le han dado, no han sabido darle, o bien, él no ha sabido buscar o aceptar.

Lo que podría acabar sacando una risa despectiva y burlona consigue arrancar una mirada de aprecio y respeto, también de comprensión ante lo que Lars busca, que no es otra cosa que aquello que todos de una manera u otra, quizá sin saberlo, buscamos. Por supuesto, él posee una idiosincrasia muy precisa que la doctora Dagmar (Patricia Clarkson) intenta ir averiguando a través de diversas conversaciones que mantiene con Lars, sacando a relucir ciertos traumas que hacen que el joven recele de quienes le rodean y rechace el contacto físico. Sin embargo, en muchos aspectos, Lars no difiere de una cierta sensación extendida en la que los seres humanos, cada vez más, parecen rehuir a los demás, buscar la comunicación más por medios virtuales que reales. De hecho, Lars encuentra en Bianca a esa persona que, más adelante descubrirá, es posible que ya tenga en una compañera de trabajo, Margo (Kelli Garner), quien siempre anda detrás de él sin conseguir respuesta en momento alguno. Sólo cuando ella parece alejarse y prestarle menos atención él comienza a salir de su ostracismo y a sentir curiosidad por ella.

Es decir, *Lars y una chica de verdad* no quiere sino alertarnos de que es posible que aquello que buscamos, en muchas ocasiones, está ante nuestras narices sin que seamos capaces de verlo. Lars necesita el crearse un universo emocional en forma de muñeca que le otorgue aquello que él mismo se ha negado durante muchos años, esto es, una relación *normal* que acaba atravesando todas las etapas posibles que él mismo va creando. A este respecto, la película de Gillespie me parece bastante más compleja de lo que en apariencia puede sugerir, claro que para ello es necesario internarse tanto en los personajes como en uno mismo, hacerse preguntas, como por ejemplo, ¿quién es en realidad Lars?, ¿quiénes somos en realidad?

Bianca y la realidad

Más preguntas. ¿Puede una muñeca de plástico llegar a ser una parte esencial de una comunidad? Es posible. Al menos así lo muestra *Lars y una chica de verdad* desde el momento en que todo el pueblo donde reside Lars se vuelca en Bianca, intentando que asuma una vida normal que sirva al joven para ser feliz. A este respecto, la película de Gillespie juega a ser una fábula en el sentido más

clásico del término. No es de extrañar que haya quienes han visto en ella un cierto tono a lo Frank Capra, algo que hoy en día resulta un tanto peliagudo. No hay lugar en la actualidad, al menos en apariencia, para la fábula con buenas intenciones, para los relatos que nos hablan de concordia, solidaridad, amor, fraternidad, de la necesidad de comunicación. No. Hoy en día es preferible el abrazar los grandes relatos de índole apocalíptica, los grandes discursos sobre la decadencia moral de Norteamérica y el llamado, vaya uno a saber porqué, *basurero de Europa*. Parece que nadie está dispuesto a ir al cine para salir sintiéndose mejor, aunque tampoco lo contrario, claro. Se intenta encontrar ese punto intermedio donde es preferible el que nos cuenten aquello que creemos saber, aunque en teoría sea desagradable, para así poder dejar la sala de cine o el salón de nuestras casas con la certeza de que sabemos qué es la realidad, cómo anda el mundo.

Tampoco posee un *look* demasiado llamativo para estos tiempos, adaptado bastante bien a la idea que se ha ido extendiendo sobre cine independiente. Sin embargo, en este caso, funciona la miniatura, porque logra transmitir un sentido muy humano ya que estamos ante seres humanos y no ante personajes, algo que los intérpretes, sobre todo un excepcional Ryan Gosling, consiguen proyectar. Algo así haría de *Lars y una chica de verdad* lo que suele denominarse una película sin demasiadas pretensiones, aunque en mi opinión no hay nada más ambicioso hoy en día que el intentar transmitir a través de la pantalla el sentimiento, cada vez más necesario, de sentirse a gusto con los demás y consigo mismo; intentar que el cine sea una forma de comunicación humana antes que un sinfín de corrientes teóricas para unos pocos totalmente alejada de la realidad de las salas.

Bianca es una muñeca diseñada con un objetivo preciso, satisfacer las pulsiones sexuales masculinas, pero en manos de Lars acaba siendo algo más, algo mucho más real desde el momento en que todos quienes le rodean y le quieren deciden que así sea, porque entienden que si para él es tan importante y real, lo tiene que ser también para ellos. A este respecto, *Lars y una chica de verdad* muestra como la posible demencia de Lars se extiende con naturalidad y que, en verdad, es posible que no esté tan loco como muchos piensan. En un momento dado le lee a Bianca un pasaje de *Don Quijote de La Mancha*, quizá el más loco adorador del trampantojo pero, a su vez, el más lúcido creador de realidades a partir de la nada. Quizá, salvando la distancia, como el propio Lars,

quien logra que esa comunidad acabe entendiendo que la realidad no es sino aquello que uno mira y de la manera en que lo hace.

Preguntas y respuestas

Lo que más me interesa de una película como *Lars y una chica de verdad* es que bajo su aparente austeridad y simpleza encubre muchas preguntas y, es posible, alguna respuesta, aunque ésta deba de buscarla uno, cada cual la suya. Algo así me muestra, cada vez más, que estoy más cerca de los pequeños relatos que de los grandes discursos, quizá por agotamiento, quizá por vagancia, no sé. En ella encuentro ese tono y ese olor que hace años el cine independiente norteamericano conseguía transmitir y que con el tiempo se fue estandarizando, siguiendo unas reglas tan precisas como las del *mainstream*. A este respecto, la película de Gillespie obedece muy bien a tales premisas, pero creo que las supera, porque no obedece ni a las reglas de la comedia ni del drama, sino más bien a un punto impreciso que es lo que hace de ella una película extraña y estimulante.

También me interesa porque me resulta curioso que en ella se pueda encontrar una cierta forma de resistencia. La película de Gillespie lo pone difícil, porque no hay en ella virtuosismo ni nada por el estilo, pero sí sensaciones, sentimientos. Hace que uno no sólo comprenda a un personaje que necesita salir de la más tremenda oscuridad, sino también que encuentre en él muchos aspectos de uno mismo, de quienes le rodean. Consigue que uno recuerde momentos, en apariencia sin conexión con la película y aquello que nos narra, pero que hacen que entienda que la vida está llena de pequeños momentos que la dan sentido. Como sentarse a beber una copa de Lagavulin con gente a la que se quiere, coger un tren o un avión para encontrarse con alguien. Pequeños momentos que un relato como *Lars y una chica de verdad* hacen salir a la luz. ¿Por qué? Otra pregunta. La respuesta, espero que cada uno pueda encontrarla en esta magnífica película.

2. *Como en la vida misma*

Quizá sea hora de reconocer una cosa, y es que en general la crítica de cine ha fracasado durante muchos años. Bajo supuestos teóricos y analíticos el cine se ha rebajado, y se sigue haciendo, a conceptos puramente formales donde tan solo parece importar la vistosidad de aquello que nos entregan, eso sí, siempre y cuando se amolde a aquello que nos gusta. Algo así ha llevado a que casi todo el cine comercial haya sido rechazado de forma taxativa atendiendo a motivos prefijados de antemano antes que a lo que en verdad tenemos ante pantalla. Se entiende que aquella película que lleva miles de personas a la salas o recibe premios debe de ser rechazada *per se* por verse como un producto del *borreguismo* de la sociedad que ve simplemente aquello que se le vende de manera comercial. Olvidando, eso sí, que gran parte del cine que desde las esferas de la crítica dominante se aplaude, responde en muchos casos a otra clase de *borreguismo* nacido en congresos o festivales y con unos popes que desde sus cátedras expanden el saber sobre la imagen allí donde sus acólitos quieren transmitirlo. Sin embargo, en muchos casos, eso es un error. No quiero decir que todo el cine comercial que llega a las pantallas sea bueno, ni mucho menos, pero sí que se acaba metiendo en el mismo saco a todo aquello que no atiende a unas ideas prefijadas. Basta con echar un vistazo a ciertos comentarios sobre determinadas películas para darse cuenta de lo anterior, o, puede que peor, que es posible que al hablar de cine se caiga en una rutina heredada desde hace cuarenta años donde el mundo en que vivimos apenas cuenta a la hora de abordar las películas. La crítica de cine ha creado con el paso de los años un muro enorme entre los textos y las películas que hacen imposible al lector sentir un cierto interés por ciertas propuestas como las de Jia Zhangke, Naomi Kawase o Apichatpong Weerasethakul, por poner tres ejemplos relevantes y comunes de un cierto cine que ahora se reivindica y que, sin embargo, encuentra una difícil distribución.

Si digo todo lo anterior para hablar sobre *Como en la vida misma* (*Dan in Real Life*; 2007. Peter Heges) se debe a algo simple, y es que tras verla supe que sería la típica película denostada por parte de la crítica y, posiblemente, bien recibida por gran parte del público. La diferencia se encuentra en que los espectadores, esa gente que llena los cines cada día, no poseen tantas fobias como las que podemos poseer quienes hablamos sobre cine. A ellos, es probable, el paupérrimo cartel publicitario de la película y la presencia de Steve

Carrel como protagonista no les haga tener una idea preconcebida de lo que van a ver; y en caso de ser así, es posible que queden sorprendidos, porque verán que no se trata de la estúpida comedia que muchos intentarán venderles sino una película bastante seria, con un atractivo mayor que muchas de esas propuestas visuales que intentan pasar como revolucionarias y que apenas poseen un interés más allá de lo formal. El argumento de *Como en la vida misma* también levantará sospechas: Dan es viudo y con tres hijas quienes en su crecimiento no le ponen las cosas fáciles. Trabaja como columnista de un periódico contestando y dando consejos matrimoniales. Durante un fin de semana que pasa con su familia conocerá a Marie (Juliette Binoche), de quien se enamorará, sentimiento que creía que nunca más podría rescatar; por desgracia, descubrirá que es la novia de su hermano Match (Dan Brook). Una historia así, a no ser que la firme Eric Rohmer, por poner un ejemplo, ya da para crearse ciertas ideas y olvidarse, al ver la película, de aquello que se está viendo en realidad. Y, como todo lo anterior, es una pena, porque hará a muchos no llegar a disfrutarla.

Drama

Seamos sinceros, a la hora de hablar de cine, en una gran mayoría de casos, obviamos que el cine es parte de la vida. ¿Por qué lo hacemos? Porque tenemos miedo. Miedo a que una película como *Como en la vida misma* nos haga sentir que el personaje de Dan posee gran parte de los sentimientos, temores y sufrimientos que todos y cada uno tenemos. Porque resulta fácil rechazar ciertas imágenes en una película que en cambio, en otro contexto, alabamos como poéticas sin importar demasiado si estamos o no siendo correctos al respecto. Porque cada vez más se rechaza el cine como una representación de aquello que en verdad nos afecta y se aboga más por una aséptica abstracción que no nos haga pensar demasiado en nosotros. Algo similar a lo que le sucede a Dan, quien ha visto como ha logrado tener una cierta fama dando consejos y entendiendo los problemas de los demás, sin embargo, cuando debe de hacer frente a los suyos propios constata que nada de lo que ha usado anteriormente es operativo. Durante cuatro años, desde que su mujer muriera por enfermedad, Dan ha basado su vida en el trabajo y en el crecimiento de sus hijas, pero cuando dos de éstas comienzan a mostrar una independencia que a él le

supera, por incontrolable, su vida parece ir perdiendo sentido. La aparición de Marie es suficiente para mostrarle que se estaba perdiendo algo y no precisamente eso llamado amor, sino algo más general y abstracto, la vida misma. Dan acaba descubriendo que uno no siempre puede, ni debe, ocultarse, que siempre es necesario el exponerse a la vida, a aquello que sucede a nuestro alrededor. Salir, ver qué pasa. Por supuesto, eso puede ocasionar que nos encontremos con que las cosas no son sencillas, que a veces incluso podemos llegar a sufrir. Como le sucede a Dan quien niega a su hija adolescente el que pueda estar enamorada cuando él mismo lo está, intentado no pensar que la mujer que le ha traído de nuevo a la vida es la novia de su hermano. Steve Carrel sabe darle al personaje mayor entidad que en cualquiera de los papeles que anteriormente había interpretado. A través de miradas y gestos (como en la secuencia en que llega a casa de sus padres y debe de enfrentarse a su familia, momento más duro de lo que en verdad parece; o como en el juego que establece con Marie, ambos intentando negar lo obvio) consigue crear un hombre de carne y hueso, transmitir sus dudas y sentimientos. En definitiva, hacerlo cercano al espectador, reconocible.

Comedia

Pero a veces el tono optimista ante la vida que al final acaba proyectando *Como la vida misma* también puede resultar un engorro, porque parece que no estamos tampoco dispuestos a aceptar que una película nos muestre las dos caras de la moneda, que todo sufrimiento puede dar paso a la alegría, que en todo caso siempre nos encontraremos con ambos aspectos, casi imposibles de disociar. La película de Hedges se permite en todo momento ser una comedia donde los momentos cómicos se suceden con naturalidad, en ocasiones simplemente con mostrar como ciertas reuniones familiares pueden caer en situaciones que, por ser tan comunes, rozan la risa generalizada. No busca el gag asilado sino crear un conjunto donde exista la mayor armonía posible entre todas las situaciones, como puede suceder en cualquier momento a cualquier persona. A este respecto, la situación de Dan oscila en todo momento entre el drama y la comedia, y si no se decanta de una manera clara por una u otra se debe más a un intento de crear una visión lo más amplia posible que por indecisión. Al fin y al cabo, las desdichas que le ocurren no son más que fruto

de sus propias decisiones. Algo así expone al personaje ante sí mismo, ante la vida que ha abrazado durante años y que le han llevado a estar, en muchos aspectos, alejado de una realidad con la que creía tener unos lazos muchos más profundos. En pocos días se dará cuenta que los consejos que daba a su hija sobre la imposibilidad de enamorarse de alguien a quien se conoce por poco tiempo no son operativos y simplemente encubrían su propia inseguridad ante la vida. Constatará que a veces ciertas decisiones tomadas de manera abrupta son necesarias, aunque eso pueda conllevar decepciones, pero no se debe temer. No. Hay que intentarlo. Siempre. Hay que intentar abrir nuestros ojos y ampliar la mirada, no centrarla simplemente en aquello que se adapta a nuestras ideas sobre cine y sobre la vida. Pensar que películas como la de Hedges no son obras maestras ni lo pretenden, ni responden a eso que ahora se ha dado por llamar neovirtuosismo ni buscan el dar debida cuenta del estado actual de la imagen, pero que, sin embargo, sí intentan acercarse de una manera sencilla y directa a los sentimientos de las personas. Y eso, lejos de que sus propuestas sean más o menos llamativas en su aspecto, las hace importantes. Porque nos obligan a preguntarnos sobre nosotros mismos, sobre nuestras decisiones e indecisiones, sobre la necesidad en todo momento de dejar el miedo de lado y siempre intentar las cosas. Aunque sea por curiosidad. Por vivir.